

LA ESCULTURA DE VICTORIO MACHO

Distinguidas Señoras,
Distinguidos Señores:

Les agradezco el permitir expresar en mi jerga de lengua española adoptiva mi admiración a Victorio Macho, esta noble figura castellana, española y universal del arte escultórico.

Desde hace muchos años, fui atraído por la singularidad de su vida, de su arte y de sus obras, y hoy día convencido estoy de que esta singularidad descansa en el principio espiritual del arte al que Victorio Macho dedicó su genio.

En su "Vida de Miguel Angel", Giovanni Papini escribe que el maestro declaró: "La escultura no me cuesta trabajo alguno; mando a un hombre a buscar piedras, quito de aquí y de allá algún pedacito supérfluo, y ya está hecha la estatuta". Y el escritor comenta: "En aquella ingeniosidad jocosa se escondía una verdad de orden superior y que podría prestarse a consideraciones metafísicas. El universo visible no es más que un inmenso y desmesurado bloque de materia; bastará quitar el "sobrante", guiado por el ojo vidente del genio, para que aparezca su verdadera figura que sólo algunos entreven confusamente: una figura divina, efigie exacta de Aquel que la creó en el principio de los Tiempos".

Pues bien; todo lo que se refiere a Victorio Macho es escultura, ya que la idea que le alentó fue siempre y en todos los sentidos, ESCULPIR, quitando lo supérfluo.

Primero, Victorio Macho se esculpió a sí mismo, aprendiendo la técnica de su Arte, asesorado por los maestros que le alentaban, y guiado por su propio talento. Un aprendizaje empeñado, solidario, que le iba descubriendo lo "supérfluo" de aparentes aciertos. Luego, leyendo las obras cumbres de la literatura universal, meditando con marcada predilección los escritos espirituales y místicos, aquellos místicos, quienes también emprendieron su "camino de perfección", despojándose del "sobrante" de la vida terrenal, recorriendo su Patria, y sobre todo su Castilla, alternando con los campesinos, compartiendo su vida, sin dejar de visitar museos, exposiciones, y escuchar los inspirados acentos de Victoria, Bach y Beethoven.

Esculpió también la trayectoria de su existencia, en el siguien-

te tríptico: infancia, adolescencia y madurez en su Patria; estancia en Hispano-América; regreso definitivo a España; tríptico en el que iba colocando las obras variadas que salían de sus manos.

Llegado a Toledo, ciudad imperial y coronada, esculpida por los avatares de la Historia, arca cargada de todos los tesoros creados por tantos genios diversos y rescatados de los diluvios humanos, Victorio Macho esculpió en su Roca Tarpeya su hogar y su museo, proa moderna e imprescindible del gran navío toledano, broche de piedra cincelada de un pasado sublime e inmortal.

Metido en su tablerón, "apartado del mundanal ruido", Victorio Macho siguió labrando esas obras que todos admiramos hoy en la Fundación que lleva su nombre; y generosa y espléndidamente, Victorio Macho obsequió a su Patria el producto de su espíritu y de su corazón.

Mientras tanto, esculpió también su ambiente de vida, acogiendo con entregada hospitalidad a los amigos entrañables, pero apartándose discretamente de todo cuanto le parecía superfluo.

Con una pluma de auténtico escritor, escribió sus "Memorias", secundado por la inteligente colaboración de su noble y querida esposa, Zoila Barrós Conti. Y como acertadamente lo dijo José Camón Aznar: "y qué bien responden a sus esculturas esas ideas suyas fuertes como sus volúmenes, expresivas como sus rostros, y con ese ímpetu lleno de fervor hacia la belleza, hacia la humanidad y hacia la divinidad!"

Finalmente, esculpió hasta el sitio donde descansan sus restos mortales, levantando el "Cristo del Otero", que se yergue por encima de la paramera castellana. Victorio Macho quiso yacer bajo los Divinos pies, ya que toda su vida fue inspirada por su profunda creencia en el Poder del Supremo Hacedor, Aquel que le inspiró la Madre, el Hermano Marcelo, y el Cristo de los Corrales de Buena.

He dicho vida singular y por eso ejemplar, en la que tienen que meditar así los artistas como también los que creen en la trascendencia del aliento que nos anima a mirar siempre, en nuestro trajín diario, hacia el Cielo.

La última meditación que Victorio Macho plasma en su testamento recoge ese anhelo: "Dios es el máximo artista y Supremo Creador".

AUGUSTO GEYSSE

Correspondiente